



Círculo Rojo

En tus heridas

.....

Ángeles guardianes I

En tus heridas

.....

Paula Velasco



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2015
Segunda edición: junio 2015
Tercera edición: diciembre 2017

Depósito legal: AL-2556-2017

ISBN: 978-84-9183-208-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Paula Velasco Cornejo
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: Fotolia.es

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Este es para ti, H. Y te lo debía.

Agradecimientos



A mi Mikel particular, con sus cicatrices y pelo cada vez más larguito (¡Me encanta, H!). No lo recuerdas, lo sé, pero fue tu idea, hará lo mismo quince años, la que desembocó en esto, algo transformada. El espacio que me diste para acabar este libro, (tras finalizar el segundo), no tiene precio. Gracias también por tus viajes. Me hacen abrir puertas desconocidas.

Al otro Mikel chico. Qué trasto eres, pero qué bien te portas cuando quieres. Es estupendo. Aunque tenga que corregir frases mientras arreglo las ruedas de tus cochecitos a cada interrupción, de cinco en cinco minutos.

Juan, pequeño, gracias por haberme dejado dar los últimos retoques al desempolvarla.

He estado más inquieta que ambos, lo siento.

A mis padres. Como siempre, por el tiempo y el espacio. Mamá, gracias por quedarte con ellos y por las fotos. Papá..., por todo lo demás y apoyarme en lo que sea, aunque sea poner un puesto de pipas.

Y a mis hermanos, que tienen que ver en unas cosas u otras, en mayor o menor medida. Javi, esas cenas de verano. Kela, esas interrupciones laborales y lectura entusiasta y crítica. Juanjo y Lorena, las lecturas animadas y críticas, y la hospitalidad.

A mi tía Conchita, por contestarme a dudas ortográficas aquellos años, sin saber para qué preguntaba y sin preguntar ella, y por las actualizaciones de la RAE (aún no me acostumbro a algunas...). En esta tercera edición también gracias a Blanca López por sus aportaciones.

Gracias por las ganas, la fuerza. Básicas para poder hacerlo.

A TODA la familia. Y a todos librerías, los abulenses y no abulenses, conocidos o desconocidos, seguidores de las redes sociales, que con sus críticas y entusiasmo han hecho posible esta nueva edición.

Y gracias en general a todos los que me animáis, me ayudáis y me apoyáis, en el día a día o de vez en cuando. Sabiéndolo o sin saberlo.

Sabéis que soy muy reservada con mis cosas, pero quiero dar las gracias a las chicas que habéis estado y estáis a mi lado, queriéndome como soy o a pesar de cómo soy. Vosotras sabéis quiénes sois, por ejemplo, por orden de sangre: Teresa, Claudia y Elena.

12 de junio. Edimburgo.

Habían pasado tan solo dos días desde que supiese que había aprobado la tesis doctoral. Sobresaliente cum laude. No le había extrañado en absoluto. La física siempre había sido su pasión, y su mente descifraba los números y ecuaciones con la facilidad con que un músico lee sus partituras.

Había tenido una habilidad especial para la ciencia, pero ahora que había acabado su carrera y su investigación, todo ello en poco más de siete años, se encontraba mirando por la ventana de su pequeño apartamento en Edimburgo, a punto de cumplir los veintiséis, preguntándose qué rumbo tomar a partir de ese momento.

Capítulo I



Violeta paseaba por el amplio parque cercano a su apartamento, aprovechando una semana de días soleados en Edimburgo, algo no muy habitual en el mes de septiembre. Había pasado todo el verano viajando a través del pequeño país, empapándose de su cultura, sus paisajes, su comida y sus castillos, tan solo para viajar a Madrid unos diez días, a principios de agosto, y dedicar un tiempo a estar con su familia.

Sus padres acababan de volver de vacaciones y su hermano, Alejandro, acababa de entrar a formar parte de uno de los grupos de investigación de la Comisaría General de Judicial, en la capital española. Se lo merecía. Era un tipo maravilloso, bueno en su trabajo de inspector de policía, el cual desempeñaba con auténtica pasión. Y, además, Violeta le adoraba.

Tanto ella como él, poco más de un año mayor, habían tenido siempre un buen expediente académico en el colegio y pudieron continuar con los estudios que quisieron tras acabarlo. Pero eso no quiso decir que eligieron lo más acorde con sus notas, sino que decidieron hacer lo que más les satisfacía, como siempre les habían inculcado sus padres. Y fue la mejor elección que ambos pudieron hacer. Se encontraban satisfechos con lo elegido, pero únicamente Violeta sentía ahora,

al ver finalizados sus estudios principales, que no sabía qué rumbo tomar en su vida.

Volvió a Escocia pasados esos días veraniegos, ya que llegó un momento en que comenzó a sentirse algo agobiada y perdida en España. Necesitó regresar a Edimburgo, a esa ciudad que tanto la había llenado, a ese país que la había enamorado, y así se lo transmitió a sus padres, quienes no pusieron ninguna objeción; al contrario, la animaron a hacerlo.

Tras darle muchas vueltas, había decidido pasar un año más allí, sabático o no ya lo iría viendo, para aclarar sus ideas. Por supuesto se pondría a trabajar. A Violeta no le habían faltado ofertas de la facultad para colaborar con ellos, tanto en investigaciones menores como impartiendo algunos seminarios, pero quería también desvincularse un poco del ambiente académico, así que lo más probable sería que buscase algún trabajo, le daba igual cuál. Con ello, comentó a su padre, pagaría el apartamento durante ese tiempo, algo a lo que él se negó rotundamente en un principio.

Por su empresa de vehículos y la condición de médico reputada de su madre, los padres de Violeta nunca habían tenido necesidad de escatimar en gastos y mucho menos si se trataba de la educación de sus hijos. Además, daba la casualidad de que la familia —tanto su madre, como sus dos tíos maternos—, arrastraba una herencia proveniente de sus bisabuelos, acumulada en Sudamérica hacía más de un siglo, y que les había dejado varios millones a cada uno en una cuenta bancaria que más adelante los padres de Violeta habían transformado en algunas casas, viajes y dos cuentas más: una para cada uno de sus hijos. Ellos eran felices con su trabajo y viajando, por lo que el dinero, aunque ayudaba a conseguir algunos caprichos, no les resultaba imprescindible ni lo consideraban algo que hubiese que acumular con el fin de no se sabía muy bien qué. Decidieron disfrutarlo en vida y repartir a Alejandro y Violeta su parte correspondiente al

cumplir los dieciocho años, para que ellos lo empleasen en lo que les apeteciera.

Alejandro acababa de comprarse una casa en una zona residencial cercana a su lugar de trabajo, en el Parque del Conde Orgaz, en Madrid. Siempre le había gustado ese distrito tranquilo y algo apartado del bullicio, tal como era él. Además, le gustaban las motos, culpa de la afición de su padre y para disgusto de su madre, y cada tres o cuatro años cambiaba la que tenía por otro modelo más actual. Aparte de esos caprichos, Alejandro trabajaba cada día como cualquier persona, esforzándose en dar lo mejor de sí, que era siempre.

Violeta también conducía, pero ella en cambio conservaba su SV 600 azul desde hacía tiempo y no tenía ninguna gana de reemplazarla. Permanecía guardada en el garaje de la casa de Alejandro, a la espera de ser conducida un año de esos, si es que se decidía a regresar a España.

Y es que ella no tenía, de momento, ningún hogar fijo en su país natal. Sus padres habían alquilado el apartamento en el que se encontraba en ese momento, en la zona de Edimburgo cercana a las residencias de estudiantes, y hacía tres años que se había trasladado allí, cuando decidió que la residencia o compartir piso con sus compañeros no era lo mejor para concentrarse y terminar la tesis. Cuando regresaba a Madrid y quería escapar, cogía las llaves de casa de su abuela fallecida, en Ávila, y se iba a disfrutar de la soledad de sus calles llenas de historia, transportándola a otras épocas en su caminar. En cierto modo, Edimburgo tenía algo que le recordaba tanto a Ávila como a otras provincias de Galicia, otra comunidad que adoraba: tan acogedora en su trazado, tan verde en sus bosques, tan llena de magia en sus castillos.

Con todo, Violeta comentó a su padre que trabajaría durante ese año para ocupar el tiempo como una persona cualquiera, sin tener que hacer uso de la cartilla o de la tarjeta. Se ganaría la vida y disfrutaría con su rutina yendo a comprar al supermercado y viajando de albergue en albergue si la apetecía, como había hecho los años anteriores en los

que sus padres le habían costado los estudios. Aun así, les tuvo que prometer que si necesitaba algo en algún momento, se lo haría saber.

Alejandro condujo hacia el aeropuerto, de camino a su trabajo en el complejo policial de Canillas, en Madrid. No empezaba la jornada hasta las tres de la tarde, poco antes de que el vuelo de Violeta despegase rumbo a Escocia. A la una ya estaban en Barajas, pasando un rato más juntos y comiendo algo en una de las cafeterías, antes de que saliera su vuelo. Lo que más le fastidiaba a Violeta de irse era alejarse de su hermano. Siempre se habían llevado muy bien y era un apoyo incondicional en su vida solo que, en ese momento, él poco podía hacer para resolver los líos de su cabeza.

—¿Y tú qué tal en tu nuevo trabajo? —Violeta dio un bocado a su hamburguesa.

—Muy bien, la verdad —respondió él—. A mi jefa es a la que no acabo de pillarle el punto. No sé si chocamos o realmente me está probando porque le gusto.

Alejandro la miró con sus boscosos ojos verdes mientras masticaba su almuerzo, los mismos ojos que los de su hermana. Tenían cierto parecido, solo que él había heredado el pelo negro de su madre y ella el castaño oscuro de su padre, que caía algo ondulado hasta casi la mitad de su espalda.

Hablaron del trabajo y de Edimburgo, donde Alejandro había estudiado también un curso cuando estaban en el colegio, aprovechando una beca que sus padres, por aquel entonces, no dejaron pasar. Violeta le habló de los maravillosos paisajes que había visto ese verano recorriendo la geografía escocesa, lo que consiguió despertar la envidia en su hermano, que prometió ir a visitarla, tal vez en noviembre, ya que él solía reservar una parte de sus vacaciones para disfrutarlas en otoño. Así le enseñaría los lugares de los que tanto hablaba. No veía probable que al final pudiera hacerlo, pero aun así quedaron en eso.

A las dos y media se despidió de ella dejándola en la fila para facturar la maleta. Alejandro no había querido preguntarle mucho sobre su situación, siempre esperaba a que fuese ella quién le contase sus cosas en el caso de que quisiera hacerlo. Pero como no fue así en esta ocasión, tan solo le deseó suerte en lo que fuera hacer allí durante ese año.

Hacía menos de un mes de aquello y durante las últimas semanas de agosto Violeta se había dedicado a preparar el curso siguiente, tras su vuelta a Edimburgo. Había adecentado el apartamento, hablado con el dueño para que arreglase algunos desperfectos, caminado a través de las calles y visitado algunos lugares que no se cansaba de contemplar tras los años pasados allí. Incluso se animó a hacer la famosa ruta de las catacumbas con unos amigos, coincidiendo con las doce de la noche del día de su cumpleaños, a finales de ese mes. También se había acercado a la facultad para hablar con viejos profesores a los que le unía no solo la materia estudiada, sino también una amistad, y decidió colaborar en uno de los proyectos de investigación que se estaban realizando en ese momento, además de impartir algunas clases y seminarios. Buscó trabajo para ocupar las tardes o las noches, algo que la alejase del mundo académico, como era su propósito. Pero la temporada alta en el turismo estaba llegando a su fin y los empleos que le ofrecían requerían su presencia en un horario que no le venía nada bien para compaginarlo con su labor en la facultad, por lo que decidió ir tirando con el dinero que esta le aportaría, dejando para más adelante su búsqueda de empleo.

Estaba oscureciendo cuando terminó de recorrer Meadows Park y decidió volver a su piso. Al día siguiente comenzaría su proyecto por las tardes en la facultad.

La sangre empapaba sus manos. Sentía el denso líquido deslizarse sobre sus dedos mientras intentaba gritar sin que ningún

sonido saliese de sus labios. El cielo estaba oscuro. Grandes nubes cargadas de tormenta se arremolinaban en círculo sobre su cabeza, volviéndose más negras a medida que se acercaban al vórtice del remolino. Sentía su corazón galopar rápido en el pecho, haciéndole sentir un dolor agudo que difícilmente podía controlar. Recorría con la mirada la zona, buscando al dueño de la sangre: sabía que no era de él. Lo sabía porque sentía con intensidad extrema cada centímetro de piel y era consciente de que esta permanecía intacta. El viento comenzó a soplar, desplazando millones de partículas de polvo que golpeaban contra su rostro y le cegaban los ojos llorosos. Se encontraba tirado de rodillas en medio de una curva de la carretera y oía el rugido de un motor acercándose, sin verlo. El sonido fue haciéndose más intenso. Solo quería saber de dónde provenía. Quería verlo de frente y que se lo llevase a él también. El cielo se había oscurecido como gobernado por una magia proveniente de dioses. Alcanzó a atisbar la parte frontal de un autobús entrando en la curva, girando despacio, dirigiéndose hacia donde permanecía él, de rodillas en el asfalto, gritando sin escuchar su voz, instándole a enfrentarse a él.

Se despertó de golpe bañado en sudor frío. El corazón aún latía potente dentro de su pecho, haciendo que casi pudiera oírlo. Le dolía todo el cuerpo. El sueño había hecho que intentara levantarse de golpe al abrir los ojos, provocando que su intento quedase reducido a eso, un intento, sin poder incorporarse ni cinco centímetros de la cama al notar como si cientos de cuchillos le atravesaran la piel. Cerró los ojos y se pasó la mano derecha por el rostro, después dejó apoyado el brazo sobre su frente, intentando alejar las visiones de la pesadilla, respirando hondo para normalizar su pulso. Queriendo ser él, el que estuviera en ese instante enterrado.

Michael, Mikel, como le llamaban sus conocidos, había llevado una vida muy completa los últimos años. Tras estudiar Infor-

mática y *Marketing*, y formarse más específicamente en el área de creación de webs, había montado su propia empresa asociándose con dos antiguos compañeros de estudios, siendo en ese momento dos, tras el abandono por parte de uno de ellos hacía tres años. El negocio marchaba a las mil maravillas. Contaban con gran cantidad de empresas a su cargo que les habían encargado la creación de la web de su negocio, así como el mantenimiento y la publicidad de estas.

Antes, indagó un tiempo por su cuenta realizando pequeños trabajos a modestos negocios locales, y lo hizo viajando de España a Escocia, aceptando encargos de ambos países, ya que hablaba ambos idiomas debido a la procedencia de sus padres. Y le fue bien. Dado el buen resultado de sus esfuerzos, se lanzó a emprender su propio negocio. Las tecnologías habían facilitado el que pudiera trabajar desde cualquier lugar llevando consigo el ordenador, lo que no quería decir que estuviese siempre en casa. Le gustaba el trabajo bien hecho y le gustaba tratar al cliente directamente, mostrándole los avances en la construcción de su web. Cuando esto ocurría, se enfundaba alguno de sus elegantes trajes y se trasladaba allá donde lo requería la cita en cuestión. Era un tipo serio, con una elegancia innata, que dejaba ver la buena educación de su madre, una escocesa de la alta sociedad de Edimburgo, que se fue a España y conoció a su padre, un gallego alto y fuerte como él solo, del que se quedó prendada. El hombre se enamoró perdidamente de ella y decidió irse a Edimburgo a vivir, para pasar con esa mujer el resto de sus días.

Mikel había heredado el porte de su padre. Rozaría el metro noventa seguramente y tenía una buena forma física, delineada y masculina. El rostro, anguloso, se suavizaba con algunos rasgos heredados de su madre: el pelo castaño claro y unos ojos gris peltre que dejaban ver claramente sus genes escoceses. Su nariz recta y sus labios perfectos, en una boca sensual y alargada, remataban su cara.

Su vida esos años había sido rutinaria. Por la mañana, cuando se levantaba, siempre se tomaba un tiempo para repasar por Internet las noticias del día mientras se tomaba un tanque de café. Tras ducharse, se desplazaba casi a diario a los despachos que tenía alquilados, junto con su socio, en una de las conocidas calles del centro de Edimburgo, cerca de la estación de ferrocarril. Trabajaba todo el día en su despacho, si no tenía que citarse con algún cliente, y volvía a su casa cuando le apetecía.

Hacía unos años que había contratado a Berta, una antigua asistente que trabajaba en casa de sus padres desde que él recordaba, a la que llamó tras la muerte de su padre, hacía tres años, cuando se lo llevó una larga enfermedad que arrastraba desde hacía tiempo.

Su madre vivía sola. Era una mujer aún joven y fuerte, que había asimilado la muerte de su marido con la cabeza alta, aceptándola y acompañándolo en todo momento hasta que la providencia decidió llevárselo. Había vivido una vida plena y no se arrepentía de nada de lo que había hecho. Recordaba a su marido cada día y no por ello dejaba de vivir su vida, viajando con sus amigas y dedicándose a sus quehaceres. Mikel la llamaba asiduamente e iba a verla cada vez que podía permitírselo. La mujer se había trasladado al norte de Escocia, a la isla de Skye, de donde era originaria y donde pasaba la mayor parte del año. La otra restante volvía a su casa de Edimburgo para estar cerca de su hijo y regresar al que había sido su hogar durante tantos años.

Mikel contaba con unos cuantos amigos con los que solía pasear en moto por las carreteras de Escocia. Todo iba bien hasta el maldito día en que la lluvia le hizo salirse de la carretera.

Habían quedado para realizar una ruta, introduciéndose en la parte baja del país que daba acceso a las Highlands. Habían pasado Stirling y se dirigían hacia el norte, cuando una ligera llovizna les sorprendió a mitad de viaje. No les importaba mucho. Estaban acostumbrados a la humedad constante en cada rincón

del reino. Su amigo, Marc, tenía que ir sí o sí a Aberdeen para algo que no les había querido comentar. Decidieron conducir hacia ese lado en vez de hacia otro. En realidad les daba igual con tal de pasar un día montados en sus motos recorriendo las carreteras rodeadas de bosques.

Se habían detenido en una zona de descanso tras notar Marc que su moto hacía un ruido extraño. Tras mucho insistir, Mikel accedió a llevarle en la parte de atrás de la suya hasta la siguiente localidad, ya que Marc había quedado allí con su novia, no sabían para qué, empeñándose en que todos lo acompañaran. Se montaron los dos en la moto de Michael, seguidos de los demás compañeros, en ese momento cuatro, y se alejaron del recodo del camino donde habían parado para continuar su marcha hacia Aberdeen. No habían recorrido ni cinco kilómetros cuando la lluvia se intensificó, haciendo más difícil la visibilidad y la conducción por el asfalto mojado. Redujeron la marcha, pero Mikel tuvo la mala suerte de ir el primero y, al ir a sortear algún animal muerto en mitad del asfalto, su moto resbaló al pasar por encima de una línea discontinua, provocando que él y la moto que venía detrás, perdiesen el control de los vehículos.

Pero lo peor que podía pasar pasó, y un autobús de turistas hizo su aparición tras la curva siguiente, pegando un fuerte frenazo al ver ir hacia él, arrastrándose por el asfalto, las dos motocicletas con sus ocupantes.

Desde entonces, Mikel no había vuelto a ser el mismo. Había pasado más de un mes desde el accidente y pasaba los días y las noches maldiciéndose por haber llevado a su amigo en el asiento trasero de su moto: no había tenido la misma suerte que él. La fuerza del impacto le había roto el antebrazo y el fémur izquierdos, por no nombrar la multitud de contusiones que presentaba por todo su cuerpo. Recordaba vagamente la dureza del asfalto, la desorientación, un sueño que le obligaba a abrir los ojos para no desmayarse y el sabor ferroso de la sangre en la boca. Las am-

balancias no tardaron en llegar, pero para él pasó una eternidad hasta que oyó el sonido de las sirenas acercándose.

Desde ese día había necesitado de la ayuda de Berta para poder hacer casi todo. No había querido avisar a su madre, que además estaba de viaje por Europa con unas amigas. Y pasaba los días en su gran casa, solo y condenado, repitiéndose una y otra vez la pregunta de por qué él seguía vivo, en lugar de su amigo.

Capítulo II



Pese a llevar años paseando entre los pasillos de la facultad, ese día Violeta acudió a ella como si fuese la primera vez que lo hacía. Veía todo más grande y sentía un cosquilleo en el estómago. En esta ocasión no tenía que trabajar con una meta, ni investigar para llegar a alguna conclusión jugándose su futuro, ni sentarse a escribir con el tiempo pisándole los talones. Era una sensación realmente agradable. Llevaba más de un mes acudiendo a trabajar en su proyecto por las tardes y, ese día de principios de octubre, comenzaba su primer seminario. Impartiría algunas clases por la mañana durante el año, repartidas en varios cursos alternados a lo largo de los siguientes meses.

Había pasado los largos años de estudios haciendo exactamente eso, estudiando, empapándose con su pasión, que era la física. Explorando campos nuevos, participando en seminarios, colaborando en alguna investigación relacionada con su tesis o en conferencias, junto con sus profesores más allegados. Había tenido tiempo también para divertirse, pero su círculo de amigos era algo reducido y no siempre sus estudios le habían permitido salir todo lo que quería, sobre todo el último año, cuando se volcó de lleno en su tesis, al encontrarse en el punto más álgido de la investigación.

Pero todo ello no quería decir que hubiese estado encerrada durante toda su vida estudiantil. Al contrario. Tenía buena mano para los números y su cabeza trabajaba a una velocidad asombrosa cuando se trataba de descifrar ecuaciones, lo que le había permitido absorber más rápido los conocimientos, dejándole más tiempo libre para sus cosas.

La física había sido su pasión desde que tuvo conocimiento de su existencia. No era ningún ratón de biblioteca; de hecho, había algo en su apariencia que no cuadraba mucho con el estereotipo que se podía tener de un físico. Su aspecto podía hacer girar la cabeza a más de uno. Alcanzaba fácilmente el metro setenta sin tacones y su constitución era atlética y sensual. Sus curvas se escondían siempre tras vaqueros gastados que se ajustaban a su silueta, y bajo camisetas o jerséis sin estampados, a veces algo anchos para lo que era su talla. Su larga melena castaña oscura, algo ondulada, desprendía reflejos caoba a la luz del sol. Y sus ojos, verde musgo y almendrados, lucían dulces en estado de relajación, pero podían dejar de piedra a cualquiera que la mirase detenidamente durante unos segundos, si la enfrentaban en un enfado. Su rostro ovalado y de facciones marcadas le otorgaba un punto duro a su femenino aspecto cuando se mostraba seria.

Con todo, Violeta tampoco había tenido mucho tiempo para los hombres. Había tenido unas cuantas relaciones durante su estancia allí, sin contar los pequeños flirteos de adolescente, pero todas ellas sin mucho éxito. En cuanto comenzaban a intimar más a fondo, ella parecía salir huyendo. Como si estar junto a alguien supusiera dejar de lado todo lo demás. Como si no quisiera que nadie llegase hasta el fondo de su persona. Le asustaba la sensación que le transmitían algunos de los hombres con los que se había relacionado y, cuando la cosa pasaba a mayores en el plano físico, algo la echaba hacia atrás antes de que pudiera llegar al final, quedándose siempre en simples juegos manuales y satisfactorios.

Pero ese día no había nada ni nadie que pudiera estropear las sensaciones que revoloteaban por su cuerpo. Los días de finales de septiembre, aún soleados y algo cálidos, así como los de octubre, los cuales pasaban tranquilos en el calendario en ese momento, estaban acompañados por una melancolía que la llenaba plenamente. Sabía que era el final de las vacaciones, la vuelta a toda la rutina que se extendería hasta las próximas fiestas, pero ambos meses tenían un aire nostálgico que la agradaba enormemente. El aire olía distinto nada más pasar la hoja en el calendario para arrancar agosto. Como si el aroma de hojas secas y sal impregnase el ambiente, previniendo al verano de su muerte. La luz tenue del sol le daba de frente, en el rostro, y subió los escalones que daban paso a la gran entrada al edificio. El ruido de sus zapatos se entremezclaba con el ir y venir de estudiantes, haciendo eco al pasar entre los soportales que rodeaban el perímetro del recogido patio de entrada donde una fuente se erguía, hermosa y antigua, lanzando un chorro continuo de agua que se derramaba por dos de los tres platos de piedra que la formaban. El conjunto descansaba sobre grandes losas de piedra que cubrían todo el centro del patio, dejando crecer la hierba entre sus hendiduras.

Atravesó los soportales hasta desaparecer por una escalera situada frente a la puerta de entrada, al lado contrario del patio, que la llevó hasta el departamento donde instalaría su centro de trabajo a partir de ese momento. No es que tuviese un lugar habilitado para ella, dado que no formaba parte de la plantilla de profesores y además andaban algo escasos de mesas y ordenadores. Pero una mesita libre en un rincón le valía para hacer sus cosas y apoyar en ella su ordenador portátil, que la acompañaba la mayoría de las ocasiones. Allí podría repasar las notas antes de impartir algún seminario, modificar argumentos, preparar alguna clase futura y trabajar en el desarrollo del proyecto que llevaba a cabo el grupo de investigación al que se había unido. No pasaría mucho tiempo en aquel lugar, en cualquier caso. Prefería traba-

jar desde casa, donde también contaba con una buena línea de ADSL para ella sola, con acceso a bibliotecas y bancos de datos de utilidad, y donde podía estar vestida de cualquier manera o comiendo mientras trabajaba, si así le apetecía.

Entró en la zona de despachos, donde cinco mesas permanecían vacías con los ordenadores encendidos sobre ellas sin que nadie los mirase. Otras tres estaban ocupadas por profesores y compañeros, entre los cuales se encontraba Peter.

—Hola, Pit.

—¡Violeta! —Saludó él sin llegar a pronunciar bien del todo su nombre.

Evidentemente, allí ella hablaba constantemente en inglés y le costaba cambiar de idioma cuando volvía a España, hasta que pasaban un par de días y dejaba de introducir expresiones continuas en anglosajón. Se sentó en una silla libre que arrastró hacia su lado, tras dejar el ordenador y su abrigo encima de una mesa.

—Tienes buena cara. Se ve que lo vas a coger con ganas —dijo él.

—Uf —resopló—, me alegra que me digas eso porque estoy algo nerviosa.

—¿Tú? ¿Nerviosa? —La miró incrédulo—. *Lass*, podrías estar desactivando bombas y aun así no se te movería el pulso.

—Sh, pues entonces no te he dicho nada —comentó divertida, obligándole a guardar el secreto.

Y era verdad. Violeta no solía dejarse llevar por la situación o que se le notasen sus nervios, lo que no quería decir que, de vez en cuando, se agarrasen a su estómago aunque no dejase verlo.

Peter rio, meneando la cabeza. Había conocido a Violeta nada más entrar en la facultad, el primer día de clase, hacía ya ocho años. Se había chocado con ella y parecía algo tontón y perdido. El gesto de Violeta, encima, no había contribuido a mejorar su ánimo. Ella siempre parecía algo inalcanzable de primeras, pero nada más lejos de la realidad; su carácter podía parecer duro en

ocasiones, pero era bastante divertida. Tras mirarle unos segundos, el chaval le dio lástima y decidió unirse a él para buscar juntos la clase a la que tendrían que acudir. En pocos minutos se dio cuenta de que, tras la toma de contacto inicial, Peter derrochaba encanto por todos los poros haciéndose con el control de la situación, preguntando a la gente por dónde debían ir y arrastrando con confianza a Violeta a su lado, la cual le miraba, curiosa, dejándose llevar y tanteándolo.

Desde ese día se convirtieron en buenos amigos. De hecho, era el mejor amigo que tenía allí, aunque en los últimos años se hubieran alejado un tanto debido a las tesis que investigaban ambos.

Peter también había aceptado la propuesta de la facultad para formar parte de una investigación y dar clases, y ahora, seguramente, se verían más a menudo.

Se pusieron al día de sus cosas y Pit, como ella le llamaba, le dio algunos consejos para sus inminentes clases. Él había terminado su tesis un año antes y había dedicado el siguiente, mientras Violeta acababa la suya, a impartir algún que otro seminario en la facultad. Le gustaba el mundo académico y aspiraba a conseguir un puesto como profesor allí.

Violeta revisó sus apuntes antes de desplazarse hasta una de las aulas donde ese día comenzaba un seminario menor sobre física matemática, el área en el que se enmarcaba su trabajo de investigación y que estudiaba las matemáticas en relación con los fenómenos naturales. El curso había empezado hacía unas semanas y con ello su investigación, pero ese día de principios de octubre era la primera vez que se pondría delante de los alumnos para impartir un seminario; no como uno de ellos, sino como docente.

—Siempre podré seguir con la investigación por las tardes si esto sale mal —dijo sin mucha confianza.

Pero Violeta no lo pensaba así en realidad. Ya había participado en otras ocasiones en ese tipo de charlas y clases, y sabía que podía hacerlo, aun estando sola frente a una clase entera.

—O siempre podrás ayudarme a mí en mis clases —añadió Pit, divertido, intentando sacar provecho de la situación.

—Vas listo si crees que me vas a endiñar a mí tu trabajo —le amenazó. Cogió sus carpetas y el ordenador y salió por la puerta—. ¡Deséame suerte!

La clase era muy grande y docenas de asientos se distribuían en forma de anfiteatro, creando una media luna alrededor del estrado. Violeta entró y echó una rápida ojeada a los alumnos desperdigados por las mesas en grupitos de varios, riendo o mascando chicles, mientras se hacían confianzas. No eran muchos. Dejó el ordenador y la carpeta sobre la mesa mientras veía cómo los alumnos comenzaban a ordenarse y a silenciar sus conversaciones. Pasado un momento, en el que se dio cuenta de que los estaba mirando fijamente, meneó la cabeza para ponerse en marcha y abrió sus apuntes colocándolos ordenadamente sobre el escritorio central, donde un aparato invitaba a la conexión del ordenador para mostrar su contenido en una pantalla grande, detrás de ella.

Sostuvo un momento el primer folio entre sus dedos mientras volvía a recorrer el espacio con la vista. Solo tenía que pensar una cosa, y era que esos chicos serían algo más jóvenes que ella. Qué narices, ¡ocho años por lo menos! Recordó su primer mes en la facultad y lo mayores que le parecían entonces aquellos que, como ahora ella, impartían los pequeños seminarios y cursos extra. Recordó sus ganas de empaparse de todo y la ilusión con la que acudía a las clases, sin pensar en ningún momento si la persona que la estaba impartiendo se sentía mal, bien, nerviosa, apurada o aburrida. Seguro que ellos estarían sintiendo lo mismo.

Sonrió y arqueó una ceja: eso era pan comido. Dejó el folio sobre la mesa y comenzó a hablar sin hacer uso de él.